

MATAR DE AMOR (*)
Por Lucía Caumont (2º C)

Lo leí en el diario una lluviosa mañana de julio. Nada decía el artículo sobre una carta de despedida, ni siquiera una nota. De cualquier manera, no importaba, porque hacía tiempo que las palabras no le servían de catarsis. Mucho dijo en veinte años, pero nunca habló más claramente que cuando no dijo nada. Disfrazada de un calibre y un ruido estruendoso, la comunicación se materializó ese día en el acto final de una obra dramática, de la que me sentí a la vez espectadora, protagonista y musa inspiradora. Porque ese último acto fue su forma de decir *No* a la promesa de que separarnos era lo mejor, que le había hecho cuando todavía era una enfermera enamorada de un soldado.

Muchos podrán pensar que fue la culpa la que se sentó a mi lado para tomar café esa mañana. Sin dudas sería más fácil decir que sí, que me sentí directa y totalmente responsable por el hecho de que su luz se había extinguido. Si hay algo que aprendí con los años es que las personas necesitamos encontrar una razón en esos lugares donde por sí sola no existe. Aún cuando buscamos razones que sabemos no son tales, sino pretextos y excusas. Los soldados que conocí arriesgaban sus vidas en la guerra porque creían estar defendiendo una causa patriótica, justa y noble. Aquellas que los asistíamos creíamos en la valentía de hombres heridos por defender vidas como las nuestras. Nos rendíamos ante el conformismo para poder sobrellevar el día a día, aunque en el fondo sabíamos que no existía cruzada en el mundo que justificara tal destrucción.

Del mismo modo, mi remordimiento hubiese aportado tranquilidad a los corazones agitados por la aparente irracionalidad de aquel acontecimiento matutino, ya que esos corazones no buscaban lo que la razón no ofrece, que es revertir la situación. Procuraban, en cambio, el efecto sedante de calma que un motivo – falso o verdadero, pero motivo al fin – es capaz de proporcionar.

Presos de esta lógica falaz, todos buscamos respuestas. Probablemente las encontraríamos más a menudo si lográramos entender que el que no haya una razón es también una razón, que no tener respuesta es también una respuesta, que no tener nada para decir es también decir algo. Por supuesto que era demasiado joven para comprenderlo en aquella época. Aunque francamente no puedo asegurar que, aún sabiendo lo que sé hoy, las cosas hubieran sido diferentes. Porque si se puede decir que algo bueno proviene de una guerra, ese algo es la lección de aceptar la incertidumbre, en lugar de sentirse amenazado bajo su reinado constante y totalitario.

Cada día del conflicto renovaba la incertidumbre del mañana. La fragilidad de la propia existencia afloraba ante ataques directos, pero se insinuaba en el rostro de cada soldado herido que hacía del hospital su segundo hogar. La conciencia de la propia finitud era lo que teníamos en común soldados y enfermeras, él y yo. El recordatorio perenne de la inminencia de la muerte nos empujaba a buscar, el uno en el otro, la permanencia que no hallábamos a nuestro alrededor. Encontrarnos fue aferrarnos un poco más a la vida. El amor puede asumir distintas formas y en este caso, fue la de la seguridad.

Por eso, para cuando los países beligerantes acordaron las capitulaciones, el vínculo que nos unía comenzó a desvanecerse lentamente. “Quiero dejar la guerra en el pasado y ofrecerte en Estados Unidos el comienzo de una nueva vida”, me dijo esperanzado mientras viajábamos en tren de Padua a Milán. Le respondí que necesitaba más tiempo para pensarlo. ¿Cómo podía aceptar sus planes de llevarme consigo si en mi interior sabía muy bien que la experiencia de la guerra era todo lo que nos quedaba? Sin ella, sólo quedarían en su lugar vacías palabras de amor eterno, susurradas bajo un cielo nocturno de proyectiles, bombas y disparos; promesas de felicidad que la distancia y el

tiempo se encargarían de deshacer y caricias furtivas que pasarían a integrar el inventario de recuerdos de medianoche de los dos. La guerra se llevó consigo mucho más que vidas.

Nuevamente sobrevino el autoengaño y, al menos por un tiempo, sucumbí a su poder. En más de muchas ocasiones me encontré frente al espejo, diciéndome a mí misma que era normal no extrañarlo, que lo malo sería si sintiera su ausencia todo el tiempo, porque eso constituiría la manifestación de una dependencia sobre la que ninguna relación puede construirse. Repetí para mis adentros que nuestro lazo no se fundaba en la necesidad y que ocasionalmente mantener distancia era algo saludable, al tiempo que hacía un esfuerzo sobrehumano por fingir interés en las anécdotas, los proyectos y los planes de una vida juntos que sus cartas contenían. Mientras me obligaba a mí misma a traerlo a la memoria al menos una vez al día, encontraba en las exigencias del trabajo en el hospital la coartada perfecta para la explicación de por qué no había podido responderle por escrito como habíamos pactado.

Pero el problema de las excusas – aparte de ser tales – es que se acabaron. Por el contrario, los sentimientos que pretendían justificar, no. Esos sentimientos no sólo persistieron, sino lo que es peor, se intensificaron, al punto de que ya no fue posible negarlos. Aceptarlos había sido siempre una cuestión de tiempo hasta que lo latente se hiciera manifiesto. Ahora ese plazo había expirado. La parte verdaderamente difícil era decirselo a él.

¿Cómo decirle a alguien que ya no se le ama? ¿Cómo decirle a alguien que la razón de ese desamor no es otra que su propia personalidad? ¿Cómo decirle a alguien que se le dejó de amar no por lo que es, sino por lo que siempre fue? Demasiado joven, quizás, pero no ilusa. Siempre supe que romper un corazón era romper un corazón, sin importar los medios que se eligieran para hacerlo. Conociéndolo a él, opté por las palabras escritas. No ingenua, pero sí complaciente. Siempre supe que sin importar esas palabras, el dolor iba a infligirlo de todos modos. Conociéndome a mí, preferí hacerme odiar a que hacerlo sufrir. Al menos procuré que su enojo fuera mayor que su padecimiento. Si bien no podía evitar causarlo, sí podía intentar provocar el menor dolor posible. Eso era lo que pensaba en aquel entonces.

Me puse en su lugar y llegué a la conclusión de que sería más fácil aceptar y superar un desamor fundado en una traición, en una infidelidad, en una gran pelea. Mejor aún, un desamor justificado en un nuevo amor. Me embarqué en la tarea de idear un personaje ficticio, el chivo expiatorio de mi propio fracaso amoroso. Para que su existencia resultase creíble, este tercero tendría que ser lo suficientemente parecido a él como para caer dentro de los parámetros de mi supuesto *tipo de hombre*, pero al mismo tiempo, tendría que ser lo suficientemente diferente como para justificar mi decisión de terminar nuestra relación para empezar una nueva con este hombre. En definitiva, tendría que ser una versión mejorada de él. Como él me había conocido en el hospital, el tercero también tendría que hacerlo, pero no sería en la misma institución, sino en un hospital nuevo, recién inaugurado. Como él estaba enrolado en el ejército, el tercero también debería estarlo. Sin embargo, tendría que superarlo en jerarquía. Como él era extranjero, el tercero también tendría que serlo. Así surgió el comandante italiano de un batallón de *arditi*, que conocí en el nuevo hospital de *Pordonone* y que, como él en su momento, me enamoró al instante.

Todo se lo conté en la última carta que le envié a *Chicago*. Creí que el no recibir respuesta era el mejor indicio de que había cumplido mi cometido. Decidí que sería menos doloroso mentir en nombre de un nuevo amor que desmentir el amor que ya no sentía. Porque si tenía que matar, intenté que al menos fuera por aquello por lo que vale la pena también morir.

() El ejercicio de escritura consistió en crear un relato a partir de otro de Ernest Hemingway, titulado “Un relato muy breve”.*